

# EN LA VIDA Y EN LA MUERTE SOMOS DEL SEÑOR



En la muerte de mi padre:  
Enrique Santayana Zurdo

Enrique Santayana Zurdo  
Nació el 5 del Junio de 1935  
Murió el 1 de Marzo de 2005

## Acción de Gracias

En el funeral del 12 de Marzo de 2005  
Presidido por el Vicario General  
D. José María Avendaño  
Cadalso de los Vidrios

1. Agradecimiento a todos...

2. Agradecimiento a Dios:

*“Doy gracias a Dios por mi padre...*

- las primeras palabras que he oído de mi madre
- no por sus virtudes o buenas obras, sino por él.

*“Doy gracias a Dios el don de la fe católica,*

*- Una fe que no es nuestra, sino que nos precede.*

*Que nace en el corazón de los Apóstoles cuando, llenos de asombro, ven vivo al que antes estaba muerto en la Cruz.*

*- Gracias por esta fe que, fundada en el testimonio de los Apóstoles, durante siglos ha sido transmitida fielmente por miles de hombres y mujeres, de obispos, de padres y madres, de jóvenes, de vírgenes...*

*- Gracias por esta fe que fija nuestra mirada en Cristo, elevado en la Cruz, victorioso sobre la muerte.*

*- Y que no sólo nos hace mirar a Cristo, sino que nos hace una sola cosa con Él, miembros suyos, miembros de su cuerpo, que es la Iglesia Universal.*

- Esta fe en la que nos hace fuertes  
¿Qué sería de mi padre si solo tuviese que enfrentarse al  
monstruo terrible de la muerte?  
¿Qué sería de mi madre ante el dolor oscuro de la separación?  
Pero esta fe, a nosotros, que somos pobres hombres, nos hace  
invencibles: nos saca de nuestra pobre soledad y nos une a  
Cristo y a su pueblo victorioso.  
Cristo avanza delante de los que mueren marcados con el  
símbolo de la fe.  
Y la Iglesia acompaña a los que viven en esta fe,  
y los sostiene firmes con su afecto,  
en medio del dolor.

- Tanto a los que mueren como a los que vivimos, la fe nos  
introduce en una comunidad, en un amor, más fuerte que la  
muerte.  
Esta es nuestra fuerza.

- Por la fe nos mantenemos en pie.  
Aunque los golpes nos hagan tambalearnos, esta fe nos  
mantiene en pie.  
Y aunque el corazón se desgarré, esta fe mantiene vivo el fuego de  
un amor que espera su plenitud.  
Esta fe es la que nos hace capaces de trabajar, de luchar, de  
gozar y de sufrir...  
listos para vivir y listos para morir,  
listos para el sacrificio.

*Bendito seas, Dios padre todopoderoso por este don que infundiste en  
nuestras almas.*

*Bendito seas, Jesucristo, nuestro Señor que inicias y consumas este don.  
Bendito seas, Espíritu Santo, dador de vida que avivas el amor que  
nuestra fe espera.*

*¡Bendito seas por siempre, Dios nuestro!*

Funeral en San Bernardo  
Parla,  
14 de Abril del 2005

La muerte de un padre es un hecho terrible y sobrecogedor. Y lo es más cuando ocurre de improviso. Ante ella, ante la muerte, uno no puede esconderse, no puedes esquivarla, ni pararla. Ella te alcanza. No lo hace sólo al final de tus días. Se acerca a ti y te da sus primeras dentelladas cuanto te arranca a los tuyos. ¡Y te arranca lo que amas!

Este es el punto más dramático: ¡Te arranca lo que amas!

Y es que todas nuestras vidas tienen un solo suelo, un solo apoyo: aquellos a los que amamos, aquellos que nos aman. Nadie puede vivir fuera de la certeza de un amor. Nadie puede vivir sin la certeza de que alguien le ama. Nuestra alma ha sido tocada con el don de la libertad con el único fin de amar y ser amada. Y la muerte ¡te arranca lo que amas!

Así también la muerte de mi padre para sus hermanos, para sus amigos, para mis hermanas, para mí... para mi madre.

Y frente a este golpe ineludible solo se alza un hombre: Jesús. No hablo de una idea, no hablo de una “causa”, no hablo de una “moral”, sino de un hombre: Jesús.

En la primera lectura, Pedro se dirige así los judíos: “Me refiero a Jesús de Nazaret”. Que dulce me parecía este nombre cuando murió mi padre: ¡Jesús!

Porque en ese nombre se cifra, se condensa, lo que da sentido y consistencia a lo que somos. Ese nombre, Jesús, da sentido y consistencia a lo que amamos, sentido y consistencia a nuestra vida, más allá de la muerte: “Bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre por el que podamos ser salvados”, dice san Pedro en otro lugar del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Y dulce, sobre todo, el nombre de Jesús, porque es el nombre de un amor más fuerte que la muerte: “Nosotros somos testigos -dice san Pedro en la lectura que hemos escuchado- de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día”.

Frente a la muerte de mi padre y frente a todas las muertes, Jesús ha alzado su amor en la cruz. Allí ha llegado por un verdadero acto de amor: “Con gran deseo he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer”, dice pocas horas antes de la muerte. Y allí, en la cruz, muestra la grandeza de su amor: “No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos”.

Y es este amor, este hombre, Jesús, el que ha roto la muerte: “Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día”. Y es ahora, vivo, cuando su amor alcanza a todos. Es ahora, vivo, resucitado, cuando la cruz, alzada en Palestina, fuera de las murallas de Jerusalén, se extiende y abraza las muertes de todos los hombres. Es ahora, vivo, resucitado cuando Jesús, elevado en la cruz, extiende sus brazos traspasando los siglos. Un autor antiguo, Orígenes, dirá: “ahora permanece el día de la reconciliación, hasta que el mundo llegue a su fin”. Y por eso Jesús dirá a Nicodemo: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”.

Cuando fue levantado en la cruz, no atrajo a nadie. Más bien como dice Isaías y los salmos, había que volver el rostro por no verle, tan desfigurado y tan destrozado tenía el rostro. En aquel instante no atrajo a nadie. Más bien, al contrario, conforme había sido profetizado y cómo él mismo recordó: “Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas”. O como el mismo Jesús había anunciado: “Todos os escandalizaréis de mí”. Es decir, todos os separaréis de mí, seré un horror tal para vosotros que os separaréis, no sólo físicamente, huyendo por el miedo, sino espiritualmente: dudaréis, huiréis, vacilaréis en la fe...

Es al resucitar cuando la misma cruz se llena de luz y alcanza el corazón eterno e infinito del Dios Padre y se extiende por el tiempo y el

universo abrazando a todos los hombres y derramando su Divina Misericordia. Es entonces, cuando se cumple las palabras dichas a Nicodemo: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”.

Es al resucitar cuando el testimonio de la Iglesia extiende el amor de Cristo crucificado por toda la tierra y cuando la fe planta la cruz en el alma de los fieles; y planta así una certeza, la certeza de un amor más fuerte que la muerte.

Hoy, el testimonio apostólico vuelve a poner ante la muerte de mi padre la cruz de Jesús, el que vive: “Ya ves, estaba muerto, pero ahora vivo por los siglos”, dice Jesús en el Apocalipsis. “Mirad mis manos y mis pies, soy yo” “No temáis”.

Por eso en los días de la muerte de mi padre se me hacía dulce el nombre de Jesús. Frente al dolor que no se puede eludir se alza el amor que no ha podido ser vencido, el amor de Cristo.

Nuestra vida está sostenida por la certeza de que alguien nos ama: el amor del esposo, del hijo, del padre, de los hermanos, de los amigos. Y cuando la muerte nos lo arrebatara es como si desfalleciésemos, como si ya no tuviéramos apoyo, como si ya no tuviéramos asidero.

Sin embargo la cruz de Jesús, de quien murió por nosotros, de quien vive para nosotros, nos da la certeza de un amor más grande, capaz de sostener nuestra vida y más aún, capaz de sostener la vida de quien hemos perdido. Un amor que ha vencido la muerte y que asegura la vida de quien cree en él, de quien se entrega a él: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”, le dice Jesús a Marta que ha perdido a su hermano Lázaro.

“Jesús”, él asegura nuestra vida, la vida de los que creemos en él, al morir o al vivir, al partir o al quedarse en esta vida, sólo él es nuestra vida, el amor que nos sostiene. “En la vida y en la muerte

somos del Señor”. Estas palabras de san Pablo son las que encabezan la lápida de mi madre: “En la vida y en la muerte somos del Señor”. Esta es la conciencia de quien se sabe amado. “Este es mi tesoro y mi herencia -dice el salmo-, mi suerte, mi vida está en tu mano, me ha tocado un lote precioso, me encante mi herencia”.

Sólo quiero haceros una invitación final. A los que estáis cerca y a los que estáis lejos de Cristo, de su cuerpo, que es la Iglesia, de su amor que se derrama en los sacramentos: acercaos a él, que por vosotros murió y resucitó. Acercaos a él y tendréis vida. Escuchad sus palabras, las de quien ya ha pasado por la cruz, prueba suprema de su amor por nosotros, y que ahora vive: “Mirad mis manos y mis pies, soy yo. Palpadme y ved que un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo”.

Enrique Santayana Lozano